

# LA MEDALLA DE PLATA

Por Jaime Pérez García.

No bien se habían apagado los ecos bélicos del paso de las tropas inglesas por la ciudad de Betanzos, cuando en aquella mañana fría, en los comienzos del año 1809, el ejército francés, a las órdenes del mariscal Soult, ocupaba la plaza militarmente.

El suelo de Betanzos era en aquella triste ocasión testigo de una de las fases de la guerra de la Independencia, y asistía impotente al desarrollo de trágicas jornadas, en las que el odio y la violencia más cruel hicieron vibrar de horror a todos los abnegados ciudadanos de la histórica población.

Las tropas francesas, dueñas absolutas de la plaza, acampaban por la ciudad en desordenada algarabía, y las moradas de los habitantes servían de albergue improvisado al numeroso ejército, que, rompiendo todas las leyes y derechos establecidos para aquellos casos, anulando la hidalga tradición de la generosidad con el vencido, no titubearon en hacer toda clase de infamias y vejaciones en aquel territorio conquistado por favorables circunstancias.

Cerraba ya la noche en una de aquellas memorables fechas, y la ciudad presentaba un aspecto triston y desolador. Envuelta en fuerte aguacero y viento helado que hacía guarecerse a los soldados y paisanos en sus viviendas, Betanzos parecía demostrar todo su mal humor presentando con ira un cielo plomizo y frío, y descargando en furiosas cataratas copioso y pertinaz aguacero.

Un grupo de soldados franceses capitaneados por un enorme sargento barbudo, marchaba apresuradamente por uno de los arrabales conocido entonces por la Cruz Verde.

En una de aquellas modestas viviendas que componían el barrio, tenía establecido Antón do Foxo, más conocido por el «Ferreiro», su sencillo taller. Consistía éste en una ennegrecida fragua, algunos hierros y media docena de tenazas de raras formas y que, colgadas en las tiznadas paredes, daban la sensación de pescados puestos a ahumar.

Nada más apropiado para Antón que aquella dura y simbólica profesión. Corpulento, con enorme espalda y brazos vigorosos, modelada aquella y endurecidos éstos por el duro y constante ejercicio, el herrero representaba con toda exactitud la estampa clásica del Vulcano cíclopeo de Velázquez. Si a esto añadimos un carácter apacible y predispuesto siempre a la nobleza y bondad, tendríamos ya a nuestra vista las principales cualidades de Antón.

Ocupado en los menesteres de preparar la mesa para la cena, se encontraba éste, mientras con algo de intranquilidad consultaba a menudo el viejo reloj, que a lo largo de la pared parecía extraño sarcófago.

—Las seis—murmuraba—. Ya debía estar aquí. ¿Le habrá sucedido algo? Malos vientos dicen que andan por ahí; será mejor que en unos días no vaya al toque de oración, pero esta María es tan entusiasta de estas cosas...

Un fuerte golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos, haciéndole levantar la cabeza anhelante. Los golpes arriacaban cada vez más furiosos, y Antón bajó todo lo rápido que su humanidad le permitía, presintiendo alguna desgracia.

—¿Quién es?—preguntó nervioso.

—¡Abrid, en nombre del Emperador!—le contestaron.

El herrero descorrió el cerrojo presuroso, y acompañado de una ráfaga de aire cortante, el grupo francés penetró en la vivienda entre exclamaciones y gritos. El que parecía ser jefe de aquella tropa miró a Antón inquisitivamente.

De expresión grosera, su faz enrojecida quizá por constantes libaciones y una barba inculta enmarañada, aquel sargento de Napoleón representaba el prototipo del mercenario aventurero y sin escrúpulos. Las huestes que le acompañaban, aparte de su indumentaria pintoresca, estaban cortadas por las mismas características, y probablemente de ninguno de ellos podían esperarse excelsas virtudes. Nada había que extrañarse de la relajada moral de algunas de aquellas tropas, de las que muchos de sus combatientes, haciendo un comercio de sus ideales y confundiendo un símbolo por torpes instintos, habían saciado su sed de sangre diez años antes en aquellas inolvidables fechas de la Revolución francesa.

Los soldados, en ruidosa algarabía, se esparcían por toda la casa. Husmeaban aquí y allá y tomaban posesión de lo que les apetecía o llamaba la atención, sin importarles en lo más mínimo las tímidas protestas del dueño. A la vista de la mesa recientemente puesta para cenar, redoblaron sus exclamaciones y risas. En un español chapurreado, el encargado de la fuerza indicó a Antón con expresivas señales que estaban hambrientos y que aquella noche se consideraban invitados suyos.

Su torva mirada y malévola sonrisa hicieron comprender al herrero que nada debía objetar ante tal decisión.

Varios soldados en su búsqueda por la casa habían dado con la bodega, donde el rico vino

de la tierra aun posaba, y con jubiloso entusiasmo se afanaban en transportarlo al lugar donde harían la cena. La despensa de Antón corrió la misma suerte, y las provisiones reservadas para todo el año con tantos sacrificios, llevaron el mismo camino que el espumoso vinillo. Pronto comenzó aquel festín improvisado, y las viandas desaparecían en las bocas ávidas y desaprensivas con pasmosa celeridad. El vino corría por la mesa en los más primitivos cacharros ante el regocijo de los comensales, que todo lo encontraban a su punto.

Antón, convertido en obligado anfitrión, presenciaba aquel despilfarro con indignación creciente, y su paciencia iba llegando ya al límite. No tardaron en llegar los cánticos y bromas obscenas, y él fué punto primordial en las chanzas y puyas. Uno de los soldados, que acusaba ya los síntomas de la embriaguez, pretendía ahora descolgar un cuadro religioso con el claro propósito de hacerle befa y escarnio. Sublevóse el ánimo del herrero ante aquel intento de sacrilego ultraje, y, perdido ya el dominio de sí mismo, dió un fuerte golpe al atrevido que rodó como un muñeco roto por el suelo. Pero jamás lo hubiera hecho; unas cuantas voces se elevaron indignadas, y rostros amenazadores se cerraban en torno de él. Antón, descompuesto del todo, enarboló una banqueta y se dispuso a defenderse de aquellas fieras. Mal lo hubiera pasado el herrero si en aquel crítico instante una voz femenina no hubiera paralizado la acción de los exaltados franceses.

—¡Padre! ¿Qué ocurre, Dios mío?

María, la hija del herrero, había entrado silenciosa y contemplaba la escena desde la puerta. En su pálido rostro se adivinaba la angustia de que estaba poseída. Alta y delicadamente formada, en la edad púber; con uros ojos grandes y oscuros más embellecidos por el terror, María do Foxo parecía la viva estampa de la Virgen Inmaculada. Su presencia sobrecogió de momento a los franceses, y más de uno bajó su turbia mirada como avergonzado de su actitud.

María, pasado el primer lapso de sorpresa, corrió hacia su padre, y rodeándole entre sus brazos cariñosos se interpuso a los atacantes.

—¡Cobardes!—los apostrofó.

Luego habló presurosa a su oído.

—Vamos abajo, padre. Deja estas fieras; tenemos que huir esta misma noche.

—¿Huir?—preguntó extrañado el herrero.

—Sí, pero vamos fuera de aquí, allí te lo explicaré todo—añadió rápida.

Pasado el momento de sorpresa, la soldadesca empezaba de nuevo a inquietarse, y algo vió María en algunas miradas que le hicieron ponerse encendida. Llegados al bajo, la hija del herrero contó a grandes rasgos las trágicas nuevas.

Los franceses se dedicaban al pillaje en la ciudad. Se habían apoderado de la Casa Consistorial; habían arrojado a la calle todos los papeles. Hasta la Puerta de la Villa llegaban restos de documentos. Profanaban las iglesias, y lo que no podían llevar lo quemaban. Estaban furiosos y obraban como dementes. En la iglesia de San Francisco habían hecho cosas vandálicas, incluso quemaron el órgano. Abrían las sepulturas y en los altares comían los caballos. Las casas eran objeto de brutales saqueos; perforaban las barricas de vino en las bodegas; quemaban las cosechas recogidas. A las personas les castigaban sin piedad, y ni el ganado se libraba de sus iras. Las mujeres estaban horrorizadas, pues algunos soldados en su furia salvaje las ultrajaban. Los arrabales de Caraña ardían. Las gentes huían al campo aterrorizadas ante tales hechos. No había otra solución que escapar.

No bien terminó María aquel precipitado relato, cuando ya el herrero había tomado una rápida determinación.

—¡Bien!—exclamó—; marcharemos ahora mismo. Lleva únicamente lo de algún valor mientras yo preparo el caballo.

—¡De prisa!

Antón se precipitó en la cuadra y empezó a aparejar febril al animal. En la fragua aun había fuego, y, derritiéndose en una tazona de hierro, algunos trozos de plomo nadaban en espesa salsa plateada.

Con mirada triste abarcó el herrero aquellos enseres tan queridos y por su mente debió de pasar alguna idea siniestra, pues sus ojos, de ordinario apacibles y serenos, estaban ahora poseídos de extraña fiera.

—Se lo merecían—murmuraba mirando a la fragua—, pero, ¡bah!, espero que algún día les llegará su hora a los malditos.

De pronto, unos gritos angustiosos de María llamándole, le hicieron volver a la realidad. De un salto se precipitó escaleras arriba, y aun llegó a tiempo para ver como su hija, con la ropa hecha jirones, el pelo en desorden y la cara ensangrentada, se debatía en manos del barbudo francés que, poseído de lúbrica pasión, pugnaba en torpes propósitos.

—¡Canalla!—murmuró rabioso.

De un zarpazo separó al salvaje y de un tremendo golpe le arrojó contra la pared. Nadie acudía a ayudar al sargento, puesto que todos los soldados yacían por el suelo en las posturas más inverosímiles y grotescas, inconscientes a consecuencia del copioso vino ingerido.

—¡Perros!—les apostrofó—. Debería mata...

—¡Cuidado, padre!

Al mismo tiempo que sonaba el grito, se oía el disparo, y María, protegiendo el cuerpo de su padre, se desplomaba en brazos de éste, inerte. El francés con la pistola humeante en sus

manos sonreía estúpidamente de aquel drama, y como si con aquella hazaña pusiera fin a sus esfuerzos, se derrumbaba estrépitosamente contra el suelo.

El herrero con María en sus brazos pareció darse cuenta entonces de lo que había sucedido. Lanzando un alarido, corrió con su hija hasta una cama, y con ansia empezó a buscar la herida. Sus manos fuertes y nervudas, temblaban convulsas y no acertaban a descubrir nada en aquel pecho ensangrentado.

—¡Dios mío!, ¿dónde está?—musitaba.

—Si usted me lo permite, creo que pudiera ayudarle.

La voz, en clarísimo español, sonó a su espalda, y Antón volvióse entre receloso y sorprendido.

Frente a él y contemplándole con tranquila mirada, tenía uno de los soldados franceses que en aquella trágica noche ocuparan su casa.

—¡Usted! ¿Qué quieren ahora de mí! ¿Márchese o no..!

El soldado no se movió de su sitio, pese a la amenaza, y el herrero, pasado el primer momento de sorpresa, contemplaba a aquel hombre que, completamente sereno, aguantaba aquel examen con una sonrisa entre triste y comprensiva.

—¡Perdone!—habló de nuevo el desconocido—; no hay tiempo que perder. Entiendo algo de esto, y su hija tal vez esté en grave peligro, ¿comprende?

Mientras se explicaba rápido, se había acercado a la cama, y sus dedos ágiles descubrían en un momento en el cuerpo de María por donde había entrado la bala.

—¡Caracoles!—exclamó asombrado—. ¡Vaya un tiro de suertel! ¡Fíjese! El proyectil debió de tropezar en esta gruesa medalla de plata, y, probablemente desviada en su trayectoria, pasó por debajo del seno rozando sólo la piel. Nada importante; fué más el susto. Es algo verdaderamente milagroso. ¡Bueno! Vamos a lavar un poco este rasguño. Allí en un armario he visto un poco de alcohol. ¡Tráigalo!

Como un autómatas y sugestionado por aquel tono tranquilo, Antón obedecía y depositaba en manos del francés todo cuanto era necesario para la cura. Éste, tras desinfectar la herida, rompió unos trozos de sábana, limpios, y con expertas manos terminó la operación. Con exquisito pudor arregló un poco la ropa de María y luego se volvió al herrero.

—Creo que el desmayo pasará pronto. La medalla salvó su vida y... ¡mire! Ya vuelve en sí.

Efectivamente, María abrió los ojos y giraba la vista aturdida por la habitación. Al verse en la cama, con aquel vendaje, pareció ir recordando, y cuando vio al francés al lado de su padre dió un grito de terror.

—¡No, por favor; déjeme!..

El herrero la acarició con mimoso deleite.

—¡Cálmate, hija, y ya no tengas cuidado! Este señor es... un amigo nuestro. Él te curó; por cierto—añadió volviéndose al francés—que aun no le dí las gracias por su noble comportamiento. No acabo de comprender cómo se encuentra entre estos canallas; quizá...

—¡Escúchenme!—interrumpió—. No hay tiempo que perder, y temo que éste no sea un lugar adecuado para su hija.

Haciendo un signo significativo a la otra habitación, prosiguió:

—Ellos pueden despertar. Mi opinión es que deben marchar esta misma noche, y yo les propongo un sencillo plan. Ella y yo saldremos por esta carretera siguiéndola a su largo, a pie. Dada mi condición de soldado, cualquier tropiezo no tendría consecuencias y en cualquiera de los casos podría inventar una excusa. Como media hora más tarde, usted seguirá la misma dirección, a poder ser en algún caballo. Una vez reunidos y lejos de la ciudad no habrá nada que temer, y los dos podrán encontrar un sitio más seguro. ¿Qué les parece mi idea?

El herrero estaba decidido. Las lógicas palabras de aquel soldado, su rostro en el que se respiraba nobleza y simpatía, y, sobre todo, la delicadeza que había mostrado unos momentos antes al curar a María, borraron de su imaginación todo recelo.

—Sí; tiene usted toda la razón; por mi parte estoy decidido. Ahora sólo depende si María tiene ánimos para intentar la prueba.

—¿Te encuentras mejor, pequeña?

La hija del herrero, puesta ya en pie, no necesitaba estímulos para emprender la fuga. Los ronquidos de los soldados y la vista de la figura innoble del sargento, tendido a lo largo de la otra habitación, le hacían estremecer. Presurosa, vestía algunas ropas, por encima del roto traje, mientras sus ojos bellos lanzaban furtivas miradas de terror a los grotescos durmientes.

—Estoy lista—anunció con voz tenue—. Ahora, que sea lo que Dios quiera.

No perdieron más tiempo, y puestos ya de acuerdo en todo, María y el soldado francés abandonaron, en aquella noche de horrores, todo cuanto para ella hasta entonces había sido parte de su felicidad.

La noche seguía infernal y la lluvia caía a torrentes, transformando los caminos en lagunas y barrizales.

Durante un largo trayecto por aquellos terrenos encharcados, apenas si cambiaron palabra alguna, y sólo en las ocasiones en que el soldado ayudaba a María en algún paso difícil, cambiaban una que otra frase de rigor.

Nada ni nadie turbó aquella huida, y llegados ya cerca del puente de la Castellana, el francés indicó a su acompañante unas ruinas a uno de los lados de la carretera, y que a través de la cortina de agua se dibujaba como un espectro.

—Vamos hasta allí; por lo menos estaremos a cubierto.

Ambos estaban empapados y temblaban ateridos de frío. Una vez cobijados, el francés empezó a friccionarse con vigor.

—Vaya nochecita cruda—murmuró sin parar en su ejercicio—. Pero casi debemos estar agradecidos al tiempo. Todo parece salir bien y... ¿Qué le sucede?

María, con los ojos cubiertos de lágrimas, contemplaba al soldado en sus esfuerzos para entrar en calor.

—¡Oh, no es nada; no se preocupe!—añadió con voz desfallecida—. Pero usted sin conocimientos, exponiéndose por nosotros de esta forma; pasando frío. Tal vez si le sorprendieran lo fusilarían y...

—¡Cálmese y no se preocupe por mí! Nada puede sucedernos, y en cuanto a si nos sorprendieran... no sé lo que pasaría. (Y al decir esto una sombra amenazadora pasó por sus ojos). Mientras llega su padre—continuó—le explicaré algo de mi vida, y espero que así comprenda mi actitud de esta noche. Como ya supondrá, soy español y mis padres también lo eran de origen. Pasé en España mis primeros quince años; ahora ya los doblo. Sin pertenecer a la aristocracia, puedo decirle que nuestra situación era desahogada y vivíamos con algún lujo. La Revolución en Francia fué el principio de nuestra desgracia. Muerto mi padre en una de aquellas jornadas y desprovistos de todos los bienes, tuve que dejar mis estudios y empezar a hacer algo provechoso para poder vivir. Por entonces yo quería ser médico. Fué en una de aquellas noches trágicas cuando hallándome con mi madre y mi hermana (la miró como haciendo una lejana comparación), si, así como usted era ella entonces, cuando presencié algo que no olvidaré jamás. La infamia de que quiso hacerle objeto el sargento, se intentaba hacer allí con ella. No la cansaré mucho con mi historia, pero aquello no se consumó gracias a un milagro. Entre aquellos asaltantes había alguien noble y bueno que evitó el atropello. Más tarde se casó con mi hermana. Poco después moría mi madre, víctima de tanto sufrimiento, y yo desgastaba mis codos en una mesa ayudando a un amigo mío abogado. Me alisté con los franceses porque quería venir a España. Presentía que aquí iba a cambiar mi suerte. (La miró por unos momentos con tal expresión, que María, pese a su palidez, sintió que su cara ardía como el fuego). Lo demás ya queda aclarado—continuó—. A pesar de mi situación, en aquel momento que llegó su padre ya estaba dispuesto a intervenir. Vi el reflejo de aquella escena brutal, de algo que no quería recordar... ¡Creo que lo hubiese matado! Ahora, para terminar, le diré...

—¿Cómo se llama usted?—preguntó ella de improviso.

—¡Oh, discúlpeme; ya debí de decirselo. Me llamo Pablo, Pablo Dupont, del tercer Regimiento—añadió, dando un taconazo con gesto cómico.

Por primera vez en muchas horas la risa asomaba en los labios de María.

El ruido de unos cascos en la carretera interrumpió el diálogo y ambos salieron corriendo en la misma dirección. La figura gigantesca de Antón se dibujaba inconfundible, y al cabo de unos instantes el herrero abrazaba a su hija.

—Tardé un poco más de lo que esperaba.

Su voz estaba alterada y su rostro, pese a la negrura de la noche, brillaba pálido.

—El sargento me sorprendió cuando preparaba el caballo—continuó— y tuve que...

—¡Basta! No importa nada lo que pasara, y tampoco hay tiempo para despedidas.

Dió un abrazo al herrero, ayudó a montar a María a la grupa y despidiéndose de ésta con tierra mirada, se alejó, rápido, perdiéndose en seguida en la oscuridad.

Con acelerado paso se dirigió Pablo hacia la ciudad. Mientras descendía para Betanzos, sus pensamientos quedaban clavados en aquellos ojos dulces que tanto le habían impresionado.

—¡Bueno!—pensó—, parece que mi suerte sigue siendo negra.

Lanzó un suspiro y continuó su marcha tan presuroso como podía. Temía que el sargento y sus compañeros se hubieran despertado y, notando su falta, empezaran las preguntas al verle llegar.

Al fin vió la herrería y penetró en ella con paso cauteloso. Lo primero que contempló casi le hizo caer de espaldas.

El sargento francés y otro soldado, sólidamente amarrados, estaban muertos.

En sus rostros, ennegrecidos y quemados, adivinó Pablo la trágica sorpresa que puso fin a sus vidas.

El herrero, después de reducirlos a la impotencia en el último ataque de que había sido víctima, cegado por tanto infortunio y en un momento de desesperación, había vertido en aquellas bocas el plomo hirviendo que se hallaba en la fragua.

Y Pablo Dupont comprendió, de pronto, que entre la muerte de aquellos dos hombres y la triste mirada de los ojos de María, sentía mucho más esto último.



M. CASTRO GIL.—"A Fonte d'Unta". (Aguafuerie.)